

LA VISIÓN, LA PRÁCTICA Y LA EDIFICACIÓN DE LA IGLESIA COMO CUERPO DE CRISTO

(Viernes: segunda sesión de la mañana)

Mensaje cinco

Experiencias cruciales en la práctica de la vida de iglesia

(2)

Aspectos de la vida de iglesia como un vivir propio del Cuerpo de Cristo, un solo y nuevo hombre

Lectura bíblica: Ef. 4:12-14, 16, 18, 20-21, 24, 27, 29-30, 32

- I. Si hemos de practicar la vida de iglesia como un vivir propio del Cuerpo de Cristo, un solo y nuevo hombre, es preciso que experimentemos la impartición divina de la Trinidad Divina—Ef. 4:12, 16, 18, 21, 24, 30:**
- A. La impartición divina de la Trinidad Divina es la base para nuestro vivir diario como creyentes y miembros del Cuerpo de Cristo y partes del nuevo hombre—2 Co. 13:14.
 - B. La vida de Dios suministra a Sus hijos Sus riquezas por medio de Su impartición divina—Ef. 4:18.
 - C. La realidad que está en Jesús es el aspecto práctico de la vida de Dios, es decir, la práctica de la vida de Dios que Jesús manifestó mientras vivía en la tierra—v. 21:
 - 1. Ésta es la vida divina hecha real y practicada como realidad que está en la humanidad de Jesús.
 - 2. La realidad que está en Jesús infunde en los creyentes el vivir piadoso de Cristo en Su humanidad.
 - D. Efesios 4:30 habla del “Espíritu Santo de Dios, en el cual fuisteis sellados para el día de la redención”:
 - 1. Este Espíritu es el Espíritu que sella, incluso la “tinta” que sella con la cual todos hemos sido sellados—1:13.
 - 2. El contenido, el elemento y la esencia del Espíritu que sella son la vida divina más la humanidad práctica de Jesús—4:18; Hch. 16:7.
 - 3. El Espíritu que sella nos satura, impregna y empapa del Dios Triuno procesado y consumado—2 Co. 13:14.
 - E. La vida del Padre es la realidad que está en Jesús, y esta realidad como aspecto práctico de la vida del Padre, llega a ser el Espíritu que sella—Ef. 4:1, 21, 30:
 - 1. El Espíritu que sella nos satura, impregna y empapa de la vida divina en el aspecto práctico de la vida diaria de Jesús, para hacer de nuestra vida una reproducción de la vida de Jesús.
 - 2. Por medio de la impartición divina de la Trinidad Divina junto con la vida del Padre, la realidad que está en Jesús y el sello del Espíritu, podemos llevar una vida diaria que corresponde con la vida que llevamos en el Cuerpo de Cristo, el nuevo hombre—vs. 12, 16, 24.

II. Por el bien de la vida de iglesia como un vivir propio del Cuerpo de Cristo, un solo y nuevo hombre, necesitamos llegar a la unidad de la fe y del pleno conocimiento del Hijo de Dios—v. 13:

- A. La unidad del Espíritu mencionada en Efesios 4:3 es la unidad de la vida divina en la realidad, y la unidad mencionada en el versículo 13 es la unidad de nuestro vivir en forma práctica:
 - 1. La unidad de la realidad necesita ser practicada y, por ende, llega a ser la unidad en la práctica—vs. 3, 13.
 - 2. La palabra *lleguemos* mencionada en el versículo 13 indica que se requiere un proceso para que podamos llegar a la unidad de nuestro vivir en forma práctica; la unidad de la realidad constituye el comienzo, y la unidad en la práctica es el destino.
- B. La unidad en la práctica es la unidad de la fe—v. 13:
 - 1. *La fe* en el versículo 13 no se refiere a la acción de creer, sino a las cosas en las cuales creemos, tales como la persona divina de Cristo y Su obra redentora efectuada para nuestra salvación—1 Ti. 1:19; 6:10, 12, 21; Jud. 3.
 - 2. En la vida de iglesia tenemos únicamente una cosa que es especial: la fe; para recibir a los creyentes, insistir en cualquier otra cosa que no sea la fe es actuar de manera divisiva—Ro. 14:1; 15:7.
- C. La unidad en la práctica es también la unidad del pleno conocimiento del Hijo de Dios—Ef. 4:13:
 - 1. El pleno conocimiento del Hijo de Dios es la aprehensión de la revelación acerca del Hijo de Dios para experimentarlo—Mt. 16:16.
 - 2. La unidad de la fe depende por completo del pleno conocimiento del Hijo de Dios; únicamente cuando tomamos a Cristo como centro y fijamos nuestra atención en Él, podemos llegar a la unidad de la fe, pues solamente en el Hijo de Dios nuestra fe puede ser una—Jn. 20:31; Gá. 1:15-16; 2:20; 4:4, 6; 1 Co. 2:2.

III. A fin de resguardar la vida de iglesia como un vivir propio del Cuerpo de Cristo, un solo y nuevo hombre, tenemos que discernir el factor intrínseco de los vientos de enseñanza conforme a su propósito—Ef. 4:14:

- A. Los vientos de enseñanza son soplos diabólicos del maligno que traen tormentas a la iglesia—Mt. 13:19.
- B. Cualquier enseñanza, aunque sea bíblica, que distraiga a los creyentes de Cristo y de la iglesia es un viento que desvía a los creyentes del propósito central de Dios—1 Ti. 1:3-4; Ef. 3:9-11, 17, 21; 5:32.
- C. El factor intrínseco de los vientos de enseñanza es la astucia de los hombres, que son las maneras sutiles del hombre para engañar, las artimañas de los hombres con miras a un sistema de error, o sea, el engaño planeado por el hombre para inducir a las personas en un sistema satánico de error; el sistema de error pertenece al enemigo, Satanás—4:14.
- D. El propósito de los vientos de enseñanza —el propósito maligno de Satanás en oposición a la economía de Dios— consiste en derribar la fe de algunos creyentes (2 Ti. 2:18), asolar la iglesia (Hch. 8:3), estorbar y derribar la edificación

del Cuerpo orgánico de Cristo y dividir a los miembros del Cuerpo (1 Co. 1:10-11), en lugar de guardar la unidad única del Cuerpo en amor y bondad.

IV. En la vida de iglesia como un vivir propio del Cuerpo de Cristo, un solo y nuevo hombre, todos necesitamos aprender a Cristo—Ef. 4:20:

- A. Aprender a Cristo consiste en ser moldeados en el modelo de la muerte de Cristo, esto es, ser conformados a la imagen de Cristo como Hijo primogénito de Dios—Ro. 8:29:
 - 1. Cristo no sólo es vida para nosotros, sino también un ejemplo—Jn. 13:15; 1 P. 2:21.
 - 2. Su vida nos dejó un modelo, según es revelado en los cuatro Evangelios, y después fue crucificado y resucitado para llegar a ser el Espíritu vivificante a fin de entrar en nosotros para ser nuestra vida—1 Co. 2:2; 15:45; Ro. 8:10; Col. 3:4.
 - 3. Aprendemos de Cristo según Su ejemplo no por nuestra vida natural, sino por Él mismo como nuestra vida de resurrección—Jn. 11:25; 1 Jn. 5:11-12.
- B. Los elementos básicos necesarios para aprender a Cristo son la realidad y la gracia—Jn. 1:14; Ef. 4:21, 24, 29:
 - 1. La realidad es la verdad, el principio, el modelo, la norma; por medio del bautismo Dios nos puso en el modelo, la norma, el principio, establecido por el vivir del Señor Jesús; ésta es la realidad mencionada en Efesios 4.
 - 2. Como miembros del Cuerpo de Cristo, estamos aprendiendo a Cristo como la realidad que está en Jesús—vs. 20-21.
 - 3. A fin de manifestar en nuestro vivir esta norma, necesitamos la gracia, esto es, a Cristo como nuestro disfrute y suministro—v. 29.
- C. Por el lado positivo, los factores básicos para aprender a Cristo son la vida de Dios y el Espíritu de Dios; por el lado negativo, el factor básico es el diablo, quien siempre busca la oportunidad de ganar ventaja sobre nosotros y hacernos daño—vs. 18, 27, 30.

V. A fin de mantener la vida de iglesia como un vivir propio del Cuerpo de Cristo, un solo y nuevo hombre, debemos ser bondadosos unos con otros, tiernos, perdonándonos unos a otros, así como Dios nos perdonó en Cristo; en el Espíritu y en virtud de la vida divina, nosotros podemos perdonar a otros así como Dios perdona—v. 32.

Extractos de las publicaciones del ministerio:

LLEGAR A LA UNIDAD

De la fe

La palabra griega traducida “lleguemos” en Efesios 4:13 también puede traducirse “alcanzemos”. Esto indica que se requiere un proceso para alcanzar o llegar a la unidad práctica.

La unidad del Espíritu mencionada en el versículo 3 es la unidad de la vida divina en realidad, mientras que la unidad del versículo 13 es la unidad de nuestro vivir en forma práctica. Ya tenemos la unidad de la vida divina en realidad; simplemente debemos mantenerla. Sin embargo, necesitamos avanzar hasta que todos lleguemos a la unidad de nuestro vivir en términos prácticos. Este aspecto de la unidad está constituido de dos cosas: la fe y el pleno conocimiento del Hijo de Dios. La fe en este contexto no alude a la acción de creer, sino a

aquello en lo que creemos, tal como la Persona divina de Cristo y Su obra redentora para nuestra salvación. Esta fe se usa en el mismo sentido que en Judas 3, 2 Timoteo 4:7 y 1 Timoteo 6:21.

El pleno conocimiento del Hijo de Dios

El pleno conocimiento del Hijo de Dios alude a comprender la revelación acerca del Hijo de Dios en nuestra experiencia. *El Hijo de Dios* se refiere a la persona del Señor como vida para nosotros, mientras que *Cristo* se refiere a Su comisión de ministrarnos vida, para que nosotros, los miembros de Su Cuerpo, tengamos dones para desempeñar nuestra función. Cuanto más crezcamos en vida, más nos adheriremos a la fe y al conocimiento de Cristo, y más abandonaremos los conceptos doctrinales secundarios e insignificantes, los cuales causan divisiones. Entonces llegaremos a la unidad práctica, o sea, que la alcanzaremos; esto es, habremos llegado a ser un hombre de plena madurez, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo.

Muchos cristianos no conocen la diferencia entre la unidad del Espíritu y la unidad de la fe y del pleno conocimiento del Hijo de Dios. La primera es la unidad de la realidad, y la segunda es la unidad en forma práctica. Ya que el Espíritu es la realidad de nuestra unidad, la unidad del Espíritu es la unidad de la realidad. La unidad es el Espíritu mismo. Si no hubiera el Espíritu, no habría unidad. Sin embargo, aunque ya tenemos la unidad de la realidad, aún necesitamos la unidad práctica. Esto significa que la unidad de la realidad debe ser puesta en práctica, o sea, debe llegar a ser una unidad en la práctica. Por tanto, en el versículo 13 Pablo habla de la unidad en forma práctica.

Entre la unidad de la realidad y la unidad en forma práctica existe una distancia. Por ello, debemos llegar a la unidad en el aspecto práctico. La unidad del Espíritu es el comienzo, mientras que la unidad de la fe y del pleno conocimiento del Hijo de Dios es la meta. Esto indica que debemos “viajar” de la unidad del Espíritu a la unidad de la fe y del pleno conocimiento del Hijo de Dios. En otras palabras, tenemos que avanzar de la unidad de la realidad a la unidad en forma práctica.

Como creyentes, ya tenemos la unidad de la realidad, lo único que debemos hacer es mantenerla, y la mejor manera de lograrlo es proseguir hacia la unidad en su aspecto práctico.

Ya dijimos que la fe mencionada en el versículo 13 no se refiere a nuestra acción de creer, sino al objeto en que creemos. Todo creyente de Cristo acepta esta fe. Cuando creímos en el Señor Jesús, éramos muy sencillos; lo único que teníamos era la fe. Pero más adelante nos volvimos bastante complicados y empezamos a adoptar diversas doctrinas, enseñanzas y conceptos, que casi siempre crean divisiones.

Digamos que varios jóvenes se salvan al mismo tiempo mediante la predicación de algún evangelista. El día que son salvos, todos abrazan la fe, pero después de algún tiempo comienzan a aceptar diferentes conceptos doctrinales. Estos conceptos los llevan a dividirse. Si estos creyentes desean llegar a la unidad de la fe, deben ser perfeccionados mediante la obra que realizan los apóstoles, profetas, evangelistas, y pastores y maestros. Esta obra de perfeccionamiento hará que ellos cuiden de la unidad del Espíritu y hagan a un lado las doctrinas que los dividen. A medida que llegan a la unidad de la fe, dejarán de prestar atención a las diferentes doctrinas, las cuales fomentan divisiones, y sólo les importará la fe única con respecto a Cristo y Su obra redentora. Por medio de esta obra de perfeccionamiento, ellos llegan en la experiencia al pleno conocimiento del Hijo de Dios. En lugar de darle importancia a las doctrinas y las prácticas, las cuales dividen, sólo les interesa Cristo, el Hijo de Dios. Se interesan

por llegar, en su experiencia, al pleno conocimiento del Hijo de Dios. Desean experimentar cada vez más a Cristo en su vida diaria. Al llegar a la unidad de la fe y del pleno conocimiento del Hijo de Dios, estos creyentes no solamente tienen la unidad de la realidad, sino también la unidad del sentido práctico. Ahora pueden reunirse sin división y disfrutar de la unidad en forma práctica.

La unidad que experimentamos en el recobro del Señor es la unidad práctica. Nuestra unidad surge de la fe única y del pleno conocimiento que, en nuestra experiencia diaria, tenemos del Hijo de Dios, quien es nuestra vida. Creemos que la mayoría de los que estamos en el recobro del Señor hemos llegado a la unidad en forma práctica. Así que, somos uno tanto en la realidad como en la práctica.

En la actualidad muchos cristianos que aman al Señor, incluyendo a un buen número de pastores y ministros, no han visto la unidad en su aspecto práctico. No obstante, ellos ya tienen la unidad de la realidad, la cual es la unidad del Espíritu. Muchos de estos cristianos afirman que mientras seamos creyentes genuinos y el Espíritu de Dios more en nosotros, todos podemos ser uno. En cierto sentido esto es cierto, pero tal unidad no es la unidad en el sentido práctico; es real, más no práctica. Por consiguiente, estos cristianos necesitan recorrer la distancia entre la unidad de la realidad y la unidad en forma práctica. Alabo al Señor porque muchos de nosotros hemos avanzado desde el principio, o sea, desde la unidad del Espíritu, a la meta, la unidad de la fe y del pleno conocimiento del Hijo de Dios. Hemos efectuado el viaje que nos conduce de la unidad de la realidad a la unidad en forma práctica.

VIENTOS DE ENSEÑANZA

Una enseñanza que difiere de la economía de Dios

En el versículo 14, Pablo no habla de los vientos de herejías, sino de los vientos de enseñanza. Cualquier enseñanza, aunque sea bíblica, que distraiga a los creyentes de Cristo y la iglesia, es un viento que los desvía del propósito de Dios. En 1 Timoteo 1:3-4 se revela que en los tiempos de Pablo, algunos impartían diferentes enseñanzas. Esto no significa que enseñaban herejías, sino que enseñaban algo diferente de la economía neotestamentaria de Dios. No enseñaban según la enseñanza del ministerio neotestamentario. En el Nuevo Testamento existe un solo ministerio, el cual consiste en impartir al Dios Triuno en los creyentes para que se edifique la iglesia. Debemos desconfiar de cualquier enseñanza o supuesto ministerio que enseñe cosas diferentes de la economía de Dios, es decir, que enseñe algo que no sea la impartición de Dios en los creyentes con miras a la edificación de las iglesias.

Los cristianos han sido llevados por diversos vientos de enseñanza. Cada denominación o grupo independiente está bajo la influencia de algún viento doctrinal. En la actualidad, ¿qué cristiano no ha sido sacudido por las olas o zarandeado por los vientos? Aun nosotros debemos preguntarnos si todavía estamos bajo la influencia de tales olas y vientos. Puedo declarar firmemente que yo no soy sacudido por ninguna ola ni zarandeado por ningún viento, porque lo único que me interesa es Cristo y la iglesia. Algunos me han preguntado sobre la práctica de orar-leer, y les he contestado que no estoy en pro del orar-leer, sino de Cristo y la iglesia. Yo no me diferencio de los demás cristianos; sin embargo, muchos de ellos se han hecho diferentes a mí.

Por ejemplo, algunos se oponen firmemente al bautismo por inmersión y prefieren el bautismo por aspersion. A una persona así, le diría: “Hermano, a mí no me interesa el bautismo por aspersion, lo que me interesa eres tú. Simplemente te recibo como mi hermano en el Señor”. Al recibirle de esta manera, me hago igual a él. Pero si él insiste en el bautismo por

aspersión, es él quien se hace diferente a mí, y por ende, él, no yo, es responsable por cualquier diferencia que exista entre nosotros.

Antes de venir al recobro del Señor, probablemente estábamos ocupados con cosas que no eran ni Cristo ni la iglesia. Tal vez nos interesaba cierta doctrina, práctica u obra. Pero en la vida de iglesia en el recobro del Señor, sólo nos interesa Cristo y la iglesia. Es crucial que veamos claramente que la meta de la economía neotestamentaria es impartir al Dios Triuno en las personas para edificar el Cuerpo de Cristo. Ésta es nuestra meta y nuestro testimonio; éste es también el recobro que Dios efectúa. Si siempre tenemos esta meta delante de nosotros, no recibiremos ninguna enseñanza, concepto u opinión que nos distraiga de la línea central de la economía de Dios.

En las artimañas de los hombres

En el versículo 14 Pablo habla de “las artimañas de los hombres”. La palabra griega que se traduce “artimañas” se refiere a las trampas que hacen los jugadores de dados. Las enseñanzas que llegan a ser vientos, alejando a los creyentes de la línea central de Cristo y la iglesia, son engaños instigados por Satanás en su sutileza, con las artimañas de los hombres, a fin de frustrar el propósito eterno de Dios, el cual consiste en edificar el Cuerpo de Cristo. Por muy buena que parezca una enseñanza, si nos distrae de Cristo y la iglesia, pertenece a las artimañas de los hombres. Las artimañas de los hombres son peores que el engaño, porque no solamente son falsas, sino que también suponen un complot maligno. Por muy bíblica que sea una doctrina, podría ser usada en este perverso complot.

En astucia

En este versículo Pablo menciona la astucia. Esta palabra alude al uso de cierta habilidad maligna. Por tanto, las artimañas de los hombres tienen que ver con un complot y con la habilidad para engañar.

Con miras a un sistema de error

Por último, Pablo dice: “Con miras a un sistema de error”. Las enseñanzas que dividen son organizadas y sistematizadas por Satanás con el fin de producir errores serios y dañar la unidad práctica de la vida del Cuerpo. Las artimañas vienen del hombre, mientras que el sistema de error viene de Satanás. Ya vimos que la economía de Dios consiste en impartir al Dios Triuno en nosotros para que se edifique el Cuerpo de Cristo. Satanás aborrece esto y usa astutamente enseñanzas, conceptos, doctrinas y opiniones como parte de un plan diabólico que consiste en desviar a las personas y conducirlos a un sistema de error. ¡Esta obra es diabólica! Que el Señor ponga de manifiesto todas las sutilezas del enemigo para que podamos detectar el sistema de error relacionado con las enseñanzas engañosas, diseñadas para distraer a los santos y desviarlos de Cristo y la iglesia.

APRENDER A CRISTO

Los versículos 17 al 19 pintan un oscuro trasfondo de lo que Pablo dice en el versículo 20: “Mas vosotros no habéis aprendido así a Cristo”. El Nuevo Testamento indica claramente que debemos vivir a Cristo. En Filipenses 1:21 Pablo declara: “Para mí el vivir es Cristo”. Pero aquí en Efesios 4:20 dice que hemos aprendido a Cristo. Nótese que en este versículo la acción ocurrió en el pasado. Pablo también usa el tiempo pretérito en el siguiente versículo: “Si en verdad le habéis oído, y en Él habéis sido enseñados, conforme a la realidad que está en Jesús”. Este asunto de aprender a Cristo conforme a la verdad que está en Jesús es difícil de comprender; así que, debemos considerarlo detenidamente.

Cristo no sólo es vida para nosotros, sino también un ejemplo (Jn. 13:15; 1 P. 2:21). Nosotros aprendemos de Él (Mt. 11:29) según Su ejemplo, no por nuestra vida natural, sino por Él mismo como nuestra vida. Según el Nuevo Testamento, el Señor Jesús no entró en nuestro ser como vida directamente. Más bien, después de vivir en la tierra durante treinta años y ministrar por tres años y medio, Él estableció un ejemplo, un patrón, un modelo. Este asunto es muy relevante. Una de las razones por las cuales se escribieron los cuatro Evangelios fue mostrarnos el ejemplo de la vida que Dios desea que vivamos, el molde de la vida que lo satisface a Él y que cumple Su propósito. Por esta razón, el Nuevo Testamento presenta una biografía única, la biografía del Señor Jesús, escrita desde cuatro perspectivas distintas. Después de establecer el patrón revelado en los Evangelios, el Señor Jesús fue crucificado y luego entró en la resurrección. Es en resurrección que Él entra en nosotros para ser nuestra vida.

Según el Nuevo Testamento, ser salvos consiste en que Dios nos pone en Cristo. En 1 Corintios 1:30 se nos dice: “Mas por Él estáis vosotros en Cristo Jesús”. Cuando Dios nos puso en Cristo, Él nos puso en el molde. Así como una hermana moldea la masa de un pan según la forma del molde, Dios desea conformarnos al molde de Cristo. Por tanto, Romanos 8:29 indica que somos hechos conformes a la imagen de Cristo, el Primogénito entre muchos hermanos. Ser conformados es ser moldeados. El Primogénito es el patrón, y los muchos hermanos del Primogénito son los que han de ser conformados al patrón. Aprender a Cristo es simplemente ser moldeados conforme a Cristo, quien es nuestro ejemplo, es decir, ser conformados a la imagen de Cristo.

Por medio del bautismo Dios nos puso en Cristo, quien es el molde. Ser bautizados es ser puestos en el molde de Cristo. Tanto Romanos 6:3 como Gálatas 3:27 hablan de ser bautizados en Cristo. Ser bautizados en Cristo equivale a ser sepultados en Él, y la tumba del bautismo es el patrón, el molde. A los ojos de Dios, fuimos puestos en este molde cuando nos bautizamos. Al ser puestos en el molde, nos despojamos del viejo hombre y nos vestimos del nuevo. Al ser sepultados en Cristo, fuimos sacados de Adán y de la vieja creación. Mediante el bautismo fuimos puestos en Cristo, quien es nuestra vida y nuestro modelo. Esto explica por qué Pablo usa el tiempo pasado al hablar de aprender a Cristo. Aprendimos a Cristo cuando fuimos sepultados en Él mediante el bautismo. Esto quiere decir que aprender a Cristo significa ser puestos en Cristo como el molde, es decir, ser moldeados conforme al patrón que Él estableció durante los años que estuvo en la tierra.

Después de establecer el patrón, Cristo fue crucificado y entró en resurrección, donde fue hecho el Espíritu vivificante (1 Co. 15:45). Como Espíritu, Él entra en nosotros para ser nuestra vida. Como ya dijimos, en el momento en que creímos y fuimos bautizados en Cristo, Dios nos puso en Él, el patrón, el molde. Por eso, Pablo pudo decirles a los efesios que ellos habían “aprendido [...] a Cristo”. Conforme a la luz del Nuevo Testamento y de nuestra experiencia, aprender a Cristo significa que Dios nos coloca en Él. Por el lado de Dios, Él nos puso en Cristo; por nuestro lado, nosotros aprendimos a Cristo al ser puestos en Él.

Después de que una persona es salva, desde lo profundo de su ser brota el deseo de vivir conforme al modelo establecido por el Señor Jesús. Sin embargo, muchos pasan por alto este deseo o lo cultivan de manera equívoca, pensando que pueden imitar al Señor por sus propios esfuerzos. Es un error pensar que podemos imitar a Cristo valiéndonos de nuestra vida natural. Indudablemente los creyentes deben imitar a Cristo, pero no deben hacerlo conforme a su vida natural.

La expresión *la realidad que está en Jesús* se refiere a la verdadera condición de la vida de Jesús según se describe en los cuatro Evangelios. En el andar impío de las naciones, la

gente caída, hay vanidad. Pero en la vida piadosa de Jesús hay verdad, la realidad. Jesús llevó una vida en la cual hacía todo en Dios, con Dios y para Dios. Dios estaba en Su vivir, y Él era uno con Dios. Esto es lo que significa “la realidad que está en Jesús”. Nosotros los creyentes, quienes fuimos regenerados con Cristo como vida y quienes somos enseñados en Él, aprendemos de Él conforme a la realidad que está en Jesús.

Ya mencionamos que es un error tratar de imitar a Cristo valiéndonos de los esfuerzos de nuestra vida natural. También vimos que cuando creímos en el Señor Jesús y fuimos salvos, Dios nos puso en el molde de Cristo. Este molde es la vida de Jesús narrada en los cuatro Evangelios, una vida en total conformidad con la verdad. La verdad es el resplandor de la luz, su expresión, y puesto que Dios es luz (1 Jn. 1:5), la verdad es la expresión de Dios. Cada aspecto de la vida de Jesús, la cual se narra en los Evangelios, expresaba algo de Dios. Él expresó a Dios en todo lo que dijo e hizo. Esta expresión de Dios es el resplandor de la luz; por tanto, es la verdad. La vida de Jesús, una vida conformada a la verdad, es el patrón en el cual Dios nos colocó. En este patrón hemos aprendido a Cristo conforme a la verdad que está en Jesús. Esto quiere decir que hemos aprendido a Cristo según la verdad que se muestra en los Evangelios, es decir, según la vida del Señor Jesús, la cual concordaba totalmente con la verdad de Dios. Esta vida es el resplandor de la luz; el resplandor de la luz es la verdad, y la verdad es la expresión de Dios. Por tanto, en la vida de Jesús está la verdad, la realidad. La esencia del patrón establecido por el Señor Jesús es la verdad. Esto significa que la verdad es la esencia del modelo establecido por el Señor Jesús. Esto significa que la esencia de la vida de Jesús es la verdad misma. Nosotros hemos aprendido a Cristo conforme a la verdad que está en Jesús.

La verdad, la realidad, que está en Jesús mencionada en el versículo 21 está en contraste con la vanidad de la mente del versículo 17. Los gentiles andan en la vanidad de su mente, pero nosotros los creyentes llevamos una vida conforme a la verdad que está en Jesús. Cuando el Señor Jesús vivió en la tierra, nunca anduvo en la vanidad; por el contrario, siempre vivió en la verdad, es decir, en el resplandor de la luz divina. Esto significa que el Señor Jesús vivió y anduvo en la expresión de Dios. Nosotros hemos aprendido a Cristo conforme a esta misma verdad. (*Estudio-vida de Efesios*, págs. 372-375, 384-386, 399-402)